

El uso científico de la palabra poética.

Modernismo y biopolítica en un caso de la revista *Archivos*.

Cristina Fernández

Universidad Nacional de Mar del Plata

CONICET

Resumen:

En el año 1908 se publicó en revista *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines*, de Buenos Aires, un breve poemario erótico de marcadas resonancias modernistas que había sido escrito por un alienado, quien había muerto en un sanatorio de la misma ciudad. A partir del análisis de estos textos y la revista en la que se publicaron, nos interesa observar el uso científico de la palabra poética: su función como indicio de la enfermedad mental, en sintonía con el debate de finales de siglo XIX acerca del decadentismo y del lugar de la poesía en la sociedad urbana moderna.

Palabras clave: Modernismo – Biopolítica – Decadentismo – Eugenesia – Psiquiatría

Abstract:

In 1908, a brief collection of erotic poems was published at the review *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines*, in Buenos Aires. These poems were inspired by the *modernista* aesthetics and were written by a mentally-ill person, who died in the same city, in a mental hospital. We analyse these texts and the review where they were published in order to observe the scientific use of the poetic word: its function as a signal of mental illness, according to the ending nineteenth century debate on Decadence and the significance of poetry in the modern urban society.

Keywords: Modernism – Biopolitics – Decadence – Eugenics – Psychiatry



Creo que no será demasiado aventurado conjeturar que un lector de principios del siglo XX, reconocería con facilidad el influjo de Rubén Darío y el modernismo en un poema por el cual desfilan la “eucarística blanca” del cuello de una dama, “el cuello que los cisnes de Lohengrin te envidiaran” (*Archivos...* 1908: 601); donde se elogian sus

fascinantes ojos glaucos
hipogeos de exorcismos satanistas
do se filtran mil histéricas lascivias
triunfadoras del Dolor y de la Muerte...
(*Archivos...* 1908: 601)

Todo en la voz de un sujeto poético que se presenta como un “panida” (*Archivos...* 1908: 602) que compara la boca de la amada con un

vivo cáliz lujurioso
do oficiara el ofertorio de mis ritos,
mientras ritma sus acordes
la Siringa del dios Pan.
(*Archivos...* 1908: 603).

Lo curioso del caso es que estos versos, compuestos en gran medida a partir de expresiones ya lexicalizadas en el repertorio poético del modernismo, fueron publicados en 1908 en la revista *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las Ciencias Afines*, una de las más prestigiosas publicaciones periódicas del campo médico legal en la ciudad de Buenos Aires. Esta revista fue uno de los órganos de consolidación de un espacio disciplinario y profesional con eje en las ciencias psiquiátricas y criminológicas, tanto a nivel nacional como continental. Fundada por Francisco de Veyga, una autoridad académica en los temas de la Medicina Legal, *Archivos* fue dirigida, desde 1902, por el médico y polígrafo José Ingenieros. En 1907, cuando se creó el primer Instituto de Criminología en Buenos Aires, cuyo director fue también José Ingenieros, *Archivos* se convirtió en el órgano oficial de esa institución.¹ El viaje de su director a Europa en 1911 hizo declinar el ciclo de este proyecto editorial, que finalmente cerró en 1913. La publicación en revistas especializadas como ésta era parte de una actividad científica cada vez más profesionalizada, con una proyección internacional visible, entre otros aspectos, en los nombres de sus colaboradores o en la pluralidad lingüística de sus artículos. La geografía simbólica cubierta por sus estudios ponía énfasis en las ciudades que, en el caso argentino, estaban representadas por el eje modernizador Buenos Aires – La Plata – Rosario. La presencia de la fotografía, que seguía la visualidad codificada por las escuelas y revistas médicas europeas, además del carácter secularizado y moderno de gran parte de las patologías descriptas, contribuía a la presentación de la revista como una prueba de la exitosa europeización de ciudades

¹ Una huella significativa de la dimensión institucional de *Archivos...* es visible en las imprentas que la publicaron a lo largo de su historia: primero, la imprenta de la *Revista Nacional*; desde 1903, la misma que editaba *La semana médica* y, desde 1907, la imprenta de la Penitenciaría Nacional.



como Buenos Aires.²

Es en esta revista donde se incluye este poemario de resonancias tan claramente modernistas, en una sección habitual titulada “Documentos psiquiátricos”, en la que suelen publicarse páginas literarias que, sostenidas muchas veces en un pacto de lectura autobiográfico, son útiles para ilustrar alguna clase de patología. Entre ellas, por ejemplo, *Archivos* publica en 1902 un poema del uruguayo Roberto de las Carreras, como ejemplo de la introspección analítica “de un poeta neurasténico”.³ El poemario que nos ocupa ahora se denomina “Poema de la pantera”, un título que podría haber sido elegido por el editor, y que está conformado por las composiciones: “Visión en la playa de Citeres”, “La balada del deseo”, “El encuentro”, “Sobre la pantera”, “Sabia caricia”, “Domando la pantera”, “El despertar de las sensaciones”, “Venus fellatrix”, “Los delirios del filtro”, para concluir con “La carne unánime”. Estos diez títulos del poemario siguen la trama narrativa de una relación amorosa, desde el encuentro en la “playa de Citeres” hasta la concreción de la relación sexual, no por estetizada menos explícita.⁴

La descripción de las distintas instancias de esta relación erótica es, asimismo, equiparada a un rito iniciático en los placeres del sexo: la mujer, presentada inicialmente como Esposa, se convierte, metafóricamente, en una pantera que será *domada* por un sujeto masculino, nombrado Autarco Antheros, y también en un nuevo avatar de la clásica Venus. En los pasajes en que habla este personaje masculino, propone a su interlocutora:

...Ateneico,
filósofo, panida, esteta, citarista,
todo seré, si quieres. Mi espíritu proteico,
te iniciará do anheles. Yo seré el alquimista,
tú la materia prima donde el amor descubre

² Para una visión integral de esta revista como proyecto editorial, su posicionamiento disciplinario y sus dimensiones ideológicas, remitimos a Mailhe 2016.

³ Bajo el título “Introspección analítica de su estado mental por un poeta neurasténico”, en *Archivos...* (1902: 688 – 690). El poema está reproducido en la antología incluida en Mailhe (2016: 282 – 284). La nota del editor que justifica la inclusión de ese poema en la sección de “Documentos psicológicos” es toda una declaración de principios de la clase de lectura a la que es sometida la expresión poética, entre el goce estético y la mirada medicalizada: “El autor, espíritu refinado y enfermizo, es un esteta parisiense, nacido, por error, en Montevideo. La falta de ambiente apropiado para el desarrollo de su original modalidad psicológica, le hace un inadaptado, más aún: un inadaptable. En París podría ser un archimandrita del esprit y del boulevard; pero en Montevideo sólo ha podido ser un neurasténico cerebral. Un mismo individuo, en ambientes heterogéneos, puede ser tenido por genial o por alienado, por imbécil o por espiritual; hay ambientes que dan vida, como los hay que matan. Los médicos psicólogos, egoístas siempre, nos regocijamos de la influencia neurastenizante del ambiente montevideano sobre este poeta, pues ganamos con ello esta hermosa página de introspección psicológica que dice tanto como un capítulo de nuestros tratados clínicos.” (*Archivos...* 1902: 690).

⁴ Si observamos el índice del volumen correspondiente al año 1908, y el resto de los títulos allí indexados, notaremos la diversidad de intereses nucleados en las secciones de “Documentos, variedades, etc.”. Los títulos son los siguientes: “Juicios sobre la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires”, “Nota sobre la psicología de los escritores (José Ingenieros)”, “La histeria en la Soc. Psicológica de París (A. Ricchieri)”, “Poema erótico escrito por un demente precoz” - es el poemario que estamos analizando -, “Inauguración del Hospital Penitenciario (A. Ballvé)”, “Asilo Colonia regional de retardados (D. Cabred)”, “La patología mental en la historia (Dr. Cullere)” (*Archivos* 1908: 766).



filosofales piedras...

(Archivos... 1908: 604 – 605).

A esta altura conviene aclarar que la “Esposa” que será iniciada no es la esposa de Autarco Antheros, sino la de otro hombre, con lo cual el poema se enlaza con la tradición de *elogio del adulterio*, representada por figuras como Paolo y Francesa da Rimini, explícitamente mencionados.

Respecto de la pantera, sabemos que ya desde los antiguos bestiarios medievales era tenida por un símbolo del pecado o la lujuria, peligros representados, por ejemplo, por la pantera que se le aparece al caminante en el primer canto de la *Divina Comedia*. Esta dualidad de la figura femenina / animal es presentada, en una parentética, como algo inquietante, como una suerte de peligro latente o de forma inocente que encubre el peligro moral:

(¡Oh Pantera!

Tu enigmática inocencia de Susana
disimula de Friné las puras formas,
de Cleopatra los malsanos ajetreos,
las lascivias de Agripina).

(Archivos... 1908: 602).⁵

Sólo por mencionar un ejemplo afín a esta simbología, recordemos que en “Divagación”, de Darío, las bacantes van cubiertas con pieles de pantera y que Venus es seguida por “una fuga de leopardos” (Darío 1977: 183 - 184).

Dos nombres propios son profundamente significativos en el poemario: uno es el de Autarco Antheros, el otro, el de Venus. Respecto del primero, articula referencias mitológicas y otras, más propias de un individualismo stirneriano. Autarco nos remite a la misma raíz etimológica de una palabra como autarquía, es decir, el dominio de sí mismo, y Antheros es una figura mitológica, hijo de Afrodita y Ares pero que, a diferencia de su más exitoso hermano Eros, no representa el amor logrado y feliz, sino su contracara, los instintos pasionales que se refrenan, se autodominan pero desembocan en la infelicidad. Antheros también es el demonio vengador del amor despreciado o desairado, habiendo llegado a merecer, en la Antigüedad, la construcción de templos en varios lugares, como Atenas, y la dedicación de obras literarias.⁶ En cuanto a la Esposa / pantera, que a lo largo de este poemario pasa del recelo a una entrega amorosa sin reservas, es homologada a la figura de Venus, pero en una advocación muy particular pues, como lo señala el título de una de las poesías del corpus, es una “Venus Fellatrix” cuya destreza es ponderada por el sujeto poético cuando dice:

Oh! sinüosa boca, húmeda, ardiente,
que a mí, do estoy por el Deseo urgido,

⁵ La alusión a la figura bíblica de Susana, una mujer casta acusada falsamente de adulterio por dos ancianos que habían intentado, infructuosamente, seducirla, se opone aquí a la de la célebre hetaira griega Friné, a la de Cleopatra, a quien la tradición ha convertido en el ejemplo cabal de una mujer que usa sus dotes sexuales para lograr sus objetivos políticos, y a la de Agripina, la poco decorosa madre del emperador Nerón.

⁶ Véase la entrada “Antheros” en Daremberg y Saglio.



a mí, extenuado en un profundo olvido,
sucas la vida infatigablemente...
(Archivos... 1908: 614).

En este punto, conviene señalar que el poema al cual pertenecen estos versos no es otra cosa que una traducción, más o menos libre, de la “Invocación” de Gabriel D’Annunzio, y reparar en que, de entre las muchas advocaciones de Venus, esta Venus Fellatrix pone en crisis uno de los aspectos más profundos de la figura mitológica: el origen del culto de Venus en los rituales de la fertilidad y la generación. En este poema, que de algún modo retoma las antiguas psicomauquias o batallas entre los vicios y las virtudes, encontramos a una figura esencial del panteón clásico, pero de la que se destacan su carácter adúltero –Venus era la esposa infiel de Hefestos, no lo olvidemos–, su belleza y su capacidad amorosa. Es decir, que no se trata de la Afrodita Pandemos, ni la Venus Celestial o Urania, tampoco es exclusivamente la Anadiomena –aunque la primera visión tiene lugar en el mar– ni la Venus Victrix de las batallas. Mucho menos la Venus Genetrix de los romanos, ya que el poemario celebra la gratuidad del placentero encuentro amoroso, sin ninguna referencia a aspectos vinculados a la procreación.⁷

Leído fuera de su contexto de publicación, podría decirse de este poemario que, aunque su calidad es algo despereja, se trataba de uno más de los tantos ejemplos de imitadores de la tradición simbolista / decadente / modernista, que ya Darío lamentaba en las “Palabras liminares” a *Prosas Profanas*. Sin embargo, la inclusión en la revista *Archivos* y los paratextos de esa incorporación, alteran su significación para convertirlo, de un ejemplo literario, en un caso clínico, porque el poemario se ve enmarcado por la palabra del editor de la revista médico-legal: primero hay un resumen del “argumento del poema”, desde que Autarco Antheros encuentra a Esposa en la playa de Citeres hasta que se consuma la relación erótica y adúltera, y al pie, una nota que enlaza la publicación de estos poemas con la tipología discursiva del caso clínico.⁸ Aunque brevísimamente, esa nota retoma la estructura narrativa del “caso clínico”: presenta información sobre el paciente / autor, cuyo anonimato se preserva –como es habitual en los casos clínicos–, lo caracteriza como un joven al que se le había diagnosticado “erotomanía” y agrega información que vincula la lectura y escritura de poesía con la enfermedad: estaba “entregado al cultivo de la literatura decadente y [era] apasionado admirador de

⁷ Véase el artículo “Venus” en Daremberg y Saglio.

⁸ Graciela Salto sintetiza los rasgos del “caso clínico”, que entiende como una estrategia discursiva enmarcada en los procesos de normalización y clasificación social. Es “un tipo de narración que sigue un modelo establecido desde el nacimiento de la clínica. El paciente es identificado por alguna abreviatura, se consigna su edad, origen y, de acuerdo con las teorías frenopáticas del siglo XIX, su temperamento. Inmediatamente después se informa la historia de la enfermedad actual, la historia clínica anterior, los exámenes y estudios realizados, sus resultados y, por último, el tratamiento prescripto. Se evita la primera persona testimonial del médico que intervino en el tratamiento y se adopta, en cambio, una tercera persona narrativa que sustenta la autoridad de la narración construida” (Salto 1989: 259, nota 2). El puente entre el contexto institucional de la historia clínica y su potencial para inscribirse en otras series discursivas, como la literaria, se produce en virtud de que “si la historia clínica responde a una demanda institucional, el *caso* se conforma como tal debido al impulso o necesidad de divulgar una anécdota ejemplar” (Salto 2004: 119 – 120).



Swinburne, Rachilde, D'Annunzio y Peladan”, al punto de que “La poesía modernista fue el molde en que vació su delirio” (*Archivos...* 1908: 598).⁹ Por eso este poemario, que hace del amor lujurioso y el adulterio su tema central, se convierte en “una pieza ejemplar de literatura psiquiátrica”, aunque el editor justifica su publicación diciendo que “No carece de méritos y revela cierta cultura”. Dos últimos datos provistos por la nota al pie devenida en caso clínico completan el panorama: en primer término, que la escritura de poesía erótica no tenía un correlato en la práctica vital del sujeto, pues un rasgo peculiar de su erotomanía era que estaba acompañada por “una castidad completa”. Otro, que esa “erotomanía” había sido la primera etapa de una enfermedad mental más grave, la “demencia precoz”, por cuya causa el joven autor había fallecido en un sanatorio de Buenos Aires (*Archivos...* 1908: 598).¹⁰

Sabemos del productivo vínculo entre la literatura y la medicina en gran parte del siglo XIX y hasta principios del siglo XX. Todos recordamos que fue un libro científico, la *Introducción a la medicina experimental* (1865), de Claude Bernard, el que inspiró a Zola su tesis de la novela experimental, que hacía de la observación externa su objeto privilegiado, frente al cual se rebelaron, en términos poéticos, el decadentismo y el simbolismo.¹¹ Pero estas estéticas, sobre todo la primera, no estaban exentas de una ideología tributaria del pensamiento científico dominante. El escritor Paul Bourget –que había seguido estudios, incompletos, de Medicina– llamó *Ensayos de psicología contemporánea* (1883) a sus textos críticos sobre vida y obra de varios escritores modernos, entre los cuales incluyó su “Teoría de la decadencia” (1881), como parte de sus ensayos sobre Baudelaire. Ese escrito, armado sobre metáforas biológicas que procuraban explicar la interdependencia entre un organismo y sus células, hace de la decadencia una imagen socio-política además de cultural y la torna afín al anarquismo: lucha de razas, producción económica, reglas morales necesarias para la vida social y novedosas formas lingüísticas entran en conflicto ya en ese mismo ensayo, en el cual la crítica social y política a una civilización fatigada va de la mano con el reconocimiento de la modernidad de

⁹ Respecto del anonimato, cabe aclarar que en la misma nota se aclara que este joven, muerto a los 23 años, había publicado unos pocos versos bajo el seudónimo de “Vestilio Ixel”. Como en tantos casos clínicos publicados donde los sujetos son identificados con sus iniciales, se trata de un anonimato relativo, puesto que en ciertos ámbitos sanitarios o judiciales no resultaría del todo imposible identificar a los sujetos biográficos que habían brindado la materia narrativa para el “caso”. Lo mismo podría decirse aquí de este seudónimo, que algunos colegas literarios podrían –quizás– asociar a un nombre propio.

¹⁰ “Demencia precoz” era un término, acuñado por el psiquiatra Emil Kraepelin, de Múnich, en 1896, y que englobaba un grupo de psicosis con causas poco claras, una sintomatología variada, partes clínicas que no tenían un correlato orgánico y un pronóstico incierto. Posteriormente, estas psicosis se englobaron en las distintas formas de esquizofrenia. Fue precisamente en 1908 cuando el psiquiatra Eugen Bleuer, de Zúrich, usó por vez primera el término esquizofrenia, del griego *schizo* (yo divido) y *phrén* (alma), para hacer referencia a lo que Kraepelin había denominado “demencia precoz” (Anz 2006: 139). Estamos, en definitiva, ante fenómenos de disociación, que parecen proyectarse en la observación del editor-médico respecto de la incongruencia entre la escritura erótica y la “castidad completa” del paciente-autor.

¹¹ *Le roman experimental*, se publicó en *El mensajero de Europa*, una revista rusa de San Petersburgo, en 1879. Luego fue reproducido en *Le Voltaire*, diario republicano francés. Acerca de las relaciones entre medicina y naturalismo en la teoría de la novela experimental, sostiene Pierre Bourdieu que Zola adoptaba “el modelo de médicos eminentes, identificaba la mirada del novelista experimental con la mirada clínica, instituyendo entre el escritor y su objeto la distancia objetivante que separa a las grandes celebridades médicas de sus pacientes” (Bourdieu 1995: 180).



las formas.¹²

Un poemario como el que nos ocupa, se enlaza claramente con la estética decadentista: sensualidad, morbidez, dolor voluptuoso, esterilidad y refinamiento con toques de sadismo, ejemplifican la clase de perversiones que para muchos eran propias de cierto estadio civilizatorio y que parecían remitir a las clasificaciones e ilustraciones de otro libro médico que tuvo mucho predicamento en la época, la *Psicopatología del sexo* que el psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing había publicado, también, en los años 80 del siglo XIX. El libro de Krafft-Ebing, como los *Archivos*, había nacido en el campo disciplinario de la relación entre medicina y derecho, pero se había convertido en una lectura difundida mucho más allá de esa especialidad. Hasta podríamos decir que los decadentistas rescataban estéticamente lo que Krafft-Ebing cuestionaba científicamente: las formas de la sexualidad que rechazaban el mandato biológico y social centrado en la reproducción.¹³ Como tantos poemas decadentistas que fueron, en su época, motivo de escándalo, el que nos ocupa se enfrenta ostensiblemente a la biopolítica¹⁴ que articulaba roles sociales y genéricos en función de la reproducción biológica y de la preservación del orden social. Eso es bien visible en los versos del poema que explicitan la tensión entre vínculo matrimonial e insatisfacción sexual: Ya en el primer texto del corpus, el soneto “Visión en la playa de Citeres”, se alude a las “ignoradas lascivias que dormían” en el cuerpo de Esposa, sumergido en el mar (*Archivos...* 1908: 600). Más adelante, es la propia voz femenina la que habla del “tedio” matrimonial, además de explicar que “el sensualismo adúltero tiene secreto modo / de estremecer la carne. El conyugal concierto / mata las sensaciones...”,

¹² Con el término “decadencia”, Paul Bourget designaba el estado de una sociedad que producía un número pequeño de individuos aptos para el trabajo de la vida común. La sociedad era, para él, comparable a un organismo, cuyas células serían los individuos. La necesidad de que estos individuos-células funcionasen con energía se veía justificada por la necesidad de alimentar la energía del organismo social. La falta de esa energía producía anarquía y decadencia. Las mismas leyes eran aplicables, siempre según Bourget, a otro organismo: el lenguaje. La independencia adquirida por una frase o una palabra en desmedro de la unidad del libro era, para este autor, una marca de estilo de la decadencia, perceptible en la literatura contemporánea. También, en la música lánguida, el mobiliario curioso o la singularidad de las obras pictóricas veía un correlato de ese estado de decadencia. Escritores como Edgar Allan Poe parecían tener, a sus ojos, el sistema nervioso al borde de la descomposición. Y consideraba a Baudelaire el ejemplo más notable de ese momento de decadencia en la cultura, afín a una nueva sensibilidad y que lo convertiría en uno de los modelos preferidos de las próximas generaciones (Bourget 1920: 19 – 26).

¹³ Toda la sección cuarta del libro está dedicada a la vinculación entre las psicopatías sexuales y distintas formas de enfermedad mental. Para Krafft-Ebing, la moral sexual había progresado, desde la antigüedad y gracias, en gran medida, al influjo del cristianismo. No obstante, señalaba que el curso progresivamente ascendente de la moral pública, se veía afectado, cada tanto, por alguna forma de retroceso. El exceso de sensualidad, asociado a la exacerbación del sistema nervioso, era para él un indicador de esos momentos de decadencia: “Periods of moral decadence in the life of a people are always contemporaneous with times of effeminacy, sensuality, and luxury”. Para este autor, el exceso de nerviosismo incrementaba la sensualidad y este fenómeno derivaba en el estímulo de otros excesos entre las masas, lo cual concluía por minar el fundamento de la sociedad: “the morality and purity of family life”. De ello se derivaba la ruina política, material y moral del estado (Krafft-Ebing 1894: 6).

¹⁴ Michel Foucault define la biopolítica como el modo en que se ha procurado, desde el siglo XVIII, racionalizar los problemas planteados a la práctica gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: salud, higiene, natalidad, longevidad, razas, etc. Todos problemas que ocuparon un lugar creciente desde el siglo XIX (Foucault 2016: 359).



ante lo cual propone “ser hetaira en el coro / de una afrodisia fiesta” (*Archivos...* 1908: 606); Autarco Antheros le augura, por su parte, que “...en lúbrico desvelo / despertarán tus carnes, dormidas en las brumas / de la virtud...” (*Archivos...* 1908: 605). Cuando la voz de Autarco afirma que:

Anadiomena inflama
tu carne excelsa, en infinita brama
donde desborda el frenesí. Inquieta,
tú prefieres mi beso a la discreta
ficción de amor que tu virtud derrama
en otros brazos...
(*Archivos...* 1908: 608),

La veta contestataria del poemario se refuerza y se convierte en un ejemplo clarísimo de cómo la estética decadentista podía ser funcional a la crítica social y a la propuesta libertaria de disolución de las formas sociales convencionales.¹⁵

Pero por otro lado, el dato de que el autor de los poemas hubiese fallecido por causa de una enfermedad mental, uno de cuyos síntomas era ese hiato entre producción poética erótica y práctica de la castidad, introducía otra faceta del asunto. Ya Phillipe Pinel había definido la locura no sólo como una enfermedad fisiológica sino moral, al transferir los valores burgueses al criterio de salud mental, pero hubo otro médico, el célebre Cesare Lombroso, que había escrito sobre las vinculaciones entre el genio y la locura, ofreciendo una justificación científica para valorar estéticamente la obra de arte de sujetos considerados alienados, aunque al precio de convertir el genio en una manifestación posible de la locura o anormalidad. Heredero de Lombroso pero con derivaciones hacia la psicología social, el jurista y criminólogo Scipio Sighele había empleado también la literatura como evidencia en su célebre *Literatura y criminalidad*, libro en el cual sostenía la tesis de que la literatura podía infundir gérmenes mórbidos en los delincuentes futuros, enfatizando la responsabilidad moral del escritor. Los autores que Sighele sometía a su crítica literario-psiquiátrico-criminológica eran, primordialmente, el mencionado Gabriele D'Annunzio, Émile Zola y Eugenio Sue, de modo tal que escritores que respondían a estéticas tan diversas eran leídos bajo la misma clase de pacto mimético-realista y siempre con la presunción de que el discurso literario podía tener efectos en la vida social.

Es desde un campo discursivo cruzado por estos saberes que resulta posible la inclusión del poemario en *Archivos* y su lectura medicalizada. Y así como la revista era un producto de la modernización científico-cultural, que procuraba, desde sus saberes disciplinarios específicos, poner a

¹⁵ En su artículo “L'anarchie par la litterature”, publicado originalmente en *Entretiens politiques et littéraires*, número 25, 1° de abril de 1892, el poeta simbolista, traductor de autores clásicos, periodista y anarquista Pierre Quillard comparaba ventajosamente los efectos desestabilizadores de la literatura respecto de las bombas anarquistas, que solían dejar un saldo lamentable de daños colaterales, como “el asesinato impráctico, siempre lamentable, de niños y pobres diablos totalmente ajenos a la casta de los explotadores” (Quillard 2007: 259). Veía en la literatura, por el contrario, un arma más eficiente: “la potencia destructiva de un poema no se dispersa tan rápido; su deflagración es cierta y continua. Shakespeare y Esquilo preparan, tan infaliblemente como nuestros más arriesgados camaradas anarquistas, el derrumbamiento del viejo orden” (Quillard 2007: 260).

la Argentina a la altura de las corrientes académicas y médicas internacionales, el valor testimonial y pronóstico que se adjudicaba a la literatura era funcional como demostración del grado de sofisticación cultural alcanzado por la ciudad desde la cual se publicaba. Para decirlo en otros términos, si la decadencia o la degeneración –según los teóricos– eran el producto de un estadio marcado por cierto exceso civilizatorio, no dejaba de ser sintomático –y tranquilizador– que la revista pudiera exhibir perversiones que no desmerecían ante las registradas por el discurso literario y médico-legal en las metrópolis europeas.

La lectura medicalizada del poemario tiene, además, otros efectos. Como ocurre en los casos clínicos, donde la figura del médico se torna hegemónica en relación con la de los pacientes, anónimos y cuya voz es mediada por la del médico-narrador, el médico-editor oscurece aquí al poeta. Ya dijimos que glosa el poema orientando la interpretación de un eventual lector y presenta el texto como un síntoma de la dolencia mental, decodificando sus obsesiones y angustias. Pero también, se muestra como un conocedor cuando hace la lista de influencias literarias que habían terminado de desequilibrar al paciente / autor. Eso es posible, en gran medida, porque el editor de *Archivos* se había deslizado, históricamente, por una red de publicaciones periódicas y círculos de sociabilidad en los que se solapaban los intelectuales –tanto científicos como artistas–. Como instancias distintas pero vinculadas, destacamos la revista modernista *El Mercurio de América*, dirigida por Eugenio Díaz Romero y que se publicó en Buenos Aires entre 1898–1900, y la asociación o cofradía bohemia *La Syringa*. En esa revista, Ingenieros había colaborado con varios artículos y se había encargado de la sección de reseñas bibliográficas correspondiente a las “Letras italianas”.¹⁶ No podemos menos que observar, en un poemario tan tributario del poeta italiano D’Annunzio, las profundas continuidades entre el análisis clínico y las preferencias literarias juveniles del médico devenido en editor.

Pero en medio de todos estos cruces entre la literatura y las ciencias médico biológicas, que producían, entre otras cosas, “libros de clínica, tan amenos como una novela”, según había advertido Darío en su artículo sobre Max Nordau (Darío 1994: 242), fue precisamente este médico y ensayista quien había logrado articular un discurso interpretativo sobre la cultura moderna, tan negativo como seductor. En *Las mentiras convencionales de nuestra civilización* (1883), había sumado a la mentira económica, la mentira política y la mentira religiosa, la mentira del matrimonio, un cuestionamiento a los valores de la sociedad burguesa que no fue obstáculo para que una década después, en 1892, formulara un diagnóstico de la cultura moderna a partir del concepto de origen médico-racialista de *Degeneración*. Si, comparado con *Las mentiras convencionales*, podía sonar conservador que incluyera a casi todo el arte moderno en su análisis de la decadencia cultural, el celebrado libro de Nordau ponía en primer plano el tópico que estaba en las raíces de todo el debate cultural que articulaba crimen,

¹⁶ Para el *Mercurio de América* y su proyecto editorial, remitimos a Delgado 2009, especialmente pp. 128 – ss. Para la *Syringa*, a Kamia 1968.

locura, arte, psicopatología, genialidad, sexualidad y decadentismo estético: la cuestión racial, presente en el mismo concepto biologicista de la *degeneración* que, como sabemos, hace referencia al cambio patológico en un cuerpo y, por mediación de la herencia, al organismo social. A los peligros de la degeneración se enfrentaba una disciplina por entonces considerada científica, que articulaba biología y cultura, el discurso médico y el moral, a partir del concepto epocal de raza y de normas sobre la reproducción: la eugenesia, cuyo campo de actuación había definido el sobrino de Darwin, Francis Galton, en 1883, y que proveyó a la vez de una plataforma discursiva y de justificación intelectual a toda una serie de prácticas y políticas sociales, a la prescripción cultural y a la investigación médico-moral (Leys Stepan 1996: 6, 9). Es desde esta perspectiva que cuesta determinar qué era lo más alarmante en un poemario como el que estamos comentando: si la lujuria extramatrimonial de Antheros y la Pantera o la “castidad completa” del autor, en la cual el médico-editor detectaba el embrión de un cuadro de alienación que resultaría fatal. Ambas actitudes estaban marcadas por la esterilidad, uno de los rasgos más claramente asociado a la degeneración, pues atentaba contra la herencia y, en última instancia, contra la pervivencia del patrimonio racial inscripto en los cuerpos. La esterilidad no era sino otra forma de la improductividad y recordemos que Nordau consideraba la incapacidad para el trabajo como una marca o síntoma de la *degeneración*. Ésa era una de las razones en las cuales fundaba su rechazo a la estética de los simbolistas, cuando esgrimía un argumento *ad hominem* y señalaba que ninguno de los simbolistas tenía oficio conocido, porque esos “degenerados” eran tan incapaces de cumplir con una ocupación regular como del aprendizaje metódico.¹⁷

Sería, desde luego, injusto, afirmar que al publicar el “Poema de la pantera”, Ingenieros se adscribía a una mirada estrechamente eugenista sobre las cuestiones concernientes al amor y la reproducción. Pero el hecho de que cuando murió haya dejado inconcluso un libro, cuya escritura se inició por esos mismos años y que tuvo una accidentada historia editorial –me refiero al *Tratado del Amor* (1940)–, donde procuraba conciliar las inclinaciones estéticas instintivas, lo que llamaba el amor erótico o individual, con las demandas reproductivas de la especie, el amor eugénico, no hace más que complejizar el sentido de esa validación estética, simultánea al cuestionamiento clínico, que implicaba la publicación de estos versos en *Archivos*. Y es que cuando uno de los barrios más prestigiosos de la ciudad letrada era el de los intelectuales–científicos, la inclusión de un poemario de estas características en una revista que era parte de un proyecto científico e institucional de intervención social, ponía en primer plano la dimensión biopolítica de la escritura y lectura de poesía e, incluso, de su traducción: producida desde un lugar de enunciación signado por la enfermedad mental y la reclusión manicomial, capturada por la tipología discursiva del caso clínico y ofrecida como “documento psiquiátrico”, como un testimonio de lo que Rubén Darío hubiera llamado una “psique

¹⁷ En sus propias palabras: “none of the Symbolists had any known occupation. These *degenerates* are no more capable of regularly fulfilling any duty than they are of methodical learning” (Nordau 1993: 102).



abolida”,¹⁸ la palabra poética irrumpe en los *Archivos* para capturar ese momento de la experiencia vital que era el puente entre el individuo y la especie y que obsesionaba a médicos, filósofos, eugenistas, sociólogos, criminólogos y poetas decadentistas:

...Los labios y los sexos
fundieron simultáneos sus deleites complejos
en la gran tempestad de las carnes bravías...
Los sorprendió la aurora, las cabezas impías
posadas sobre el muslo recíproco. Dormida
la carne parecía símbolo de la Vida.
(*Archivos...* 1908: 618).

Bibliografía

- Anz, Thomas (2006). “La esquizofrenia como sintomatología de época. La patología y la poetología alrededor de 1910” en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comp.). *Literatura, cultura, enfermedad*. Buenos Aires, Paidós: 139 – 156.
- Bernard, Claude (1944). *Introducción al estudio de la medicina experimental*, Buenos Aires, Losada. Traducción de Nydia Lamarque.
- Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama. Traducción de Thomas Kauf.
- Bourget, Paul (1920). “Théorie de la décadence” dans *Essais de Psychologie Contemporaine*. Tome premier. Paris, Librairie Plon: 19 – 26. Disponible en: <http://gallica.bnf.fr/accueil/?mode=desktop>. Último acceso: 16/7/2017.
- D'Annunzio, Gabriele (1896). “Invocazione” en *Poesie di Gabriele D'Annunzio. Canto novo. Intermezzo. (1881 – 1883). Edizione definitiva*, Milano, Fratelli Treves: 119 – 120.
- Darembert, Charles et Saglio, Edmond (1877-1919). *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments*, 10 vol. Paris, Hachette. Disponible en: <http://dagr.univ-tlse2.fr/#>. Último acceso: 16/7/2017.
- Darío, Rubén (1977). *Poesía*, Caracas, Biblioteca Ayacucho. Prólogo de Ángel Rama. Edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo.
- (1994). *Los raros seguido de otras crónicas literarias*, Buenos Aires, Losada. Estudio preliminar de Sonia Contardi.
- Delgado, Verónica (2009). *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias (1896 – 1913)*, La Plata, EDULP.
- Foucault, Michel (2016). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978 – 1979)*, Buenos Aires, FCE. Traducción de Horacio Pons.
- Ingenieros, José (director) (1908). *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines*,

¹⁸ Rubén Darío, “A Phocás el campesino” en Darío 1977: 279.



VII, 1908.

Ingenieros, José (1962). *Tratado del Amor en Obras completas. Tomo III*, Buenos Aires, Mar Océano: 225-401.

Kamia, Delia [Delia Ingenieros de Rotschild] (1968). "La Syringa" en *VVAA. Sociedades literarias argentinas (1864-1900). Trabajos, comunicaciones y conferencias*, Volumen IX. La Plata, Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Krafft-Ebing, R. von (1894). *Psychopatia Sexualis. With Special Reference to Contrary Sexual Instinct; A Medico Legal Study*, Filadelfia, The F. A. Davis Company – London, F. J. Rebman. Translated by Charles Gilbert Chaddock. Disponible en: www.forgottenbooks.org. Último ingreso: 16/7/2017.

Leys Stepan, Nancy (1996). *The Hour of Eugenics. Race, Gender, and Nation in Latin America*, Ithaca and London, Cornell UP.

Mailhe, Alejandra (2016). *Archivos de psiquiatría y criminología 1902-1913: concepciones de la alteridad social y del sujeto femenino*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata – Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación – Biblioteca Orbis Tertius. Disponible en <http://bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar/11.%20Mailhe.pdf>. Último ingreso: 16/7/2017.

Nordau, Max (1993). *Degeneration*, Lincoln / London, Nebraska UP. Translated by George Mosse.

----- s/f. *Las mentiras convencionales de nuestra civilización*, Buenos Aires, Tor.

Quillard, Pierre (2007). "La anarquía por la literatura" en *Antología del decadentismo. Perversión, neurastenia y anarquía en Francia. 1880 – 1910*, Buenos Aires, Caja Negra: 257 – 260. Selección, traducción y prólogo de Claudio Iglesias.

Salto, Graciela Nélica (1989). "El caso clínico: narración, moral y enfermedad", *Filología*, XXIV, 1-2: 259-274.

----- (2004). "De las escenas de colegio a las escenas de hospital: la trama higienista en narraciones, anécdotas y casos" en María Silvia Di Lisia y Graciela Nélica Salto (eds.). *Higienismo, educación y discurso en la Argentina (1870-1940)*, Santa Rosa, Editorial de la Universidad Nacional de La Pampa: 113 – 135.

Siguele, Scipio (1908). *Littérature et criminalité*. Paris, V. Giard et E. Brière libraires – éditeurs. Traduit par Érick Adler. Préface de Jules Claretie. Disponible en: <http://books.google.com>. Último ingreso: 16/7/2017.

Zola, Émile (1989). "La novela experimental" en *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*, Barcelona, Península: 41 – 94. Selección, introducción y notas de Laureano Bonet. Traducción de Jaume Fuster.